

lizaron los sucesos del 31 de Mayo, del 11 Germinal y del 9 Thermidor; tragedias cuyo enredo fué obra de gigantes y cuyo desenlace fué obra de enanos.

VI.

Entre aquellos hombres agitados por las pasiones se mezclaban los hombres atormentados por los sueños; la utopia revestia en ellos todas las formas, desde la belicosa que admitia el cadalso hasta la inocente que abolia la pena de muerte, la que era espectro para los tronos y ángel para los pueblos. Al lado de talentos que combatian, habia talentos que meditaban; á aquellos les preocupaba la guerra, á estos la paz; el cerebro de Carnot producía catorce ejércitos y el de Jean Debry meditaba una federación democrática universal; en medio del tumulto de elocuciones furiosas, de gritos y de aullidos, se escondían silencios fecundos. Lakanal callaba y combinaba en su pensamiento la educación pública nacional; Lanthenas callaba y creaba las escuelas de primera enseñanza; Revelliere-Lepeaux callaba y elevaba la filosofía á la dignidad de religion. Otros se ocupaban en resolver cuestiones de detalles menos importantes, pero más prácticas. Huyton-Morveaux estudiaba los medios de sanificar los hospitales; Maire en los medios de abolir las servidumbres reales; Jean-Bon-Saint-André en la supresión de la prision por deudas; Duboe en el mejor arreglo de los archivos; Coren-Fustier en la creación del gabinete de Anatomía y del Museo de Historia natural; Guyomard en la navegación fluvial y en las presas del Escalda. El arte tenia también sus fanáticos y hasta sus monomaniacos; el 21 de Enero, mientras en la plaza de la Revolución caía la cabeza de la monarquía, Bezard, representante del Oisse, se fué á ver un cuadro de Rubens, que se encontró en una buhardilla de la calle de San Lázaro. Artistas, oradores, profetas, hombres-colosos como Danton, hombres-niños como Cloots, gladiadores y filósofos, todos se proponían por objeto el progreso, sin que nada les detuviese ni les desconcertase. La grandeza de la Convención consistió en buscar la cantidad de realidad que existe en lo que los hombres llaman imposible; en una de sus extremidades, Robespierre tenia la vista fija en el derecho, y en el otro extremo, Condorcet tenia la vista fija en el deber.

Condorcet era un hombre de gran

imaginación y de gran claridad; Robespierre era hombre de ejecución, y algunas veces en las crisis finales de las sociedades viejas, ejecución significa exterminación. Las revoluciones tienen dos cuevas, una que hay que subir y otra que hay que bajar, y en ellas están escalonadas todas las estaciones, desde la de los hielos hasta la de las flores; cada zona de estas pendientes produce los hombres que convienen á su clima, desde los que viven al calor del sol hasta los que viven en los incendios del rayo.

VII.

Designábase con curiosidad el rincón del corredor de la izquierda, en el que Robespierre dijo á Garat, amigo de Claviere, estas palabras terribles: *Claviere ha sido conspirador en todas las partes donde ha respirado.* En aquel rincón, cómodo para los apartes y para las disputas á media voz, Fabre D'Églantine reconvino á Romme, diciéndole que habia desfigurado su calendario con el cambio de *Fervidor* por *Thermidor*. También se enseñaba á los curiosos el ángulo en que se sentaban, tocándose con los codos, los siete representantes del Alto Garona, que fueron los primeros llamados á pronunciar el fallo en el proceso de Luis XVI y que respondieron sucesivamente: Mailhe: la muerte.—Delmas: la muerte.—Projeau: la muerte.—Calés: la muerte.—Ayrat: la muerte.—Julien: la muerte.—Desasey: la muerte.—Eterna repercusión, que llena toda la historia y que desde el origen de la justicia humana hace que resuenen con los ecos del sepulcro las paredes del tribunal. Se señalaba con el dedo, entre la ruidosa confusión de caras, á todos aquellos hombres entre cuyas filas salió el tumulto de los votos trágicos. Paganel, que dijo: *La muerte; un rey solo es útil si muere;* Miland, que dijo: *La muerte; hoy, si no existiese, sería preciso inventarla;* el anciano Raffron du Trouillet, que dijo: *La muerte y pronto;* Goupilleau, que exclamó: *El cadalso inmediatamente, porque la lentitud agrava la muerte;* Thuriot, que al desechar la apelación al pueblo propuesta por Buzot, dijo: *Cómo! ¡asambleas primarias! ¡Cuarenta y cuatro mil tribunales! sería un proceso interminable; la cabeza de Luis XVI blanquearía antes de caer;* Agustín-Bon-Robespierre, que después de haber votado su hermano, gritó: *No comprendo esa humanidad que degüella á los pueblos y perdona á los déspotas. ¡La muerte! Pedir un plazo es sustituir á la apelación*

al pueblo la apelación á los tiranos; Fonsedoire, que sustituyó á Bernardino de Saint-Pierre y que dijo: *Detesto la efusión de sangre, pero la sangre de un rey no es sangre de un hombre; voto, pues, por la muerte;* Jean-Bon-Saint-André, que dijo: *No hay pueblo libre si no mata al tirano;* Lavicontere, que proclamó esta fórmula: *Mientras respira el tirano, la libertad se asfixia;* Chateaufort-Randon, que gritó: *La muerte de Luis el Último;* Guyardin, que emitió este voto: *Que se ejecute en la Barrera Derríbada* (era la que antes se llamaba Barrera del Trono); Teller, que exclamó: *Que se funda un cañón del calibre de la cabeza de Luis XVI para dispararla contra el enemigo.* Los indulgentes votaron como se verá: Gentil dijo: *Voto por la reclusión, porque hacer un Carlos I es hacer también un Cromwell;* Bancal dijo: *Voto por el destierro; quiero ver al primer rey del universo condenado á trabajar en un oficio para ganarse la vida;* Abonys dijo: *El destierro; que ese espectro vivo vague errante alrededor de los tronos;* Zangiacomo dijo: *Voto por la detención. Conservemos vivo á Capeto como á espantajo;* Chaillon exclamó: *Que viva! No le matemos para que Roma lo convierta en santo.*

Mientras tales sentencias caían de aquellos labios severos y una tras otra se dispersaban por la historia, en las tribunas, mujeres escotadas y compuestas, contaban los votos con una lista en la mano y picaban con alfileres debajo de cada nombre. Donde se verificó la tragedia quedan siempre el horror y la compasión.

Ver la Convención en cualquiera de sus períodos es revisar el juicio del último Capeto: la leyenda del 21 de Enero parecía que se inmiscuía en todos sus actos; la temible Asamblea estaba llena de los hálitos fatales que soplaron á la antigua antorcha monárquica, encendida por espacio de diez y ocho siglos y que la habían apagado; el proceso decisivo de todos los reyes en un rey, era como el punto de partida de la guerra declarada á lo pasado; á cualquiera sesión de la Convención á que se asistiese, se veía proyectar en ella la sombra del patíbulo de Luis XVI; los espectadores se referían unos á otros la dimisión de Kersaint, la dimisión de Roland, el acto de Duchatel, que enfermo se hizo trasladar en su lecho á la Asamblea, y moribundo votó por la vida del rey, lo que hizo sonreír á Marat, y buscaban con la vista al representante, cuyo nombre olvidó la historia, que después de la sesión célebre

de treinta y siete horas, tendido en su banco de cansancio y de sueño, fué despertado por el portero cuando le llegó el turno de votar, y entreabriendo los ojos dijo: *Voto por la muerte,* y se volvió á dormir. Cuando la Convención condenó á muerte á Luis XVI, quedaban á Robespierre diez y ocho meses de vida, á Danton quince, á Vergniaud nueve, á Marat cinco y tres semanas y á Lepelletier-Saint-Fargeau un día.

VIII.

El pueblo tenía en la Convención una ventana abierta, que eran las tribunas públicas, y cuando la ventana no le bastaba, abría la puerta y entraba la calle en la Asamblea. Las invasiones de la multitud en aquel Senado es una de las más sorprendentes visiones de la historia. Habitualmente estas invasiones eran cordiales: la plaza pública fraternizaba con la silla curul; pero es temible la cordialidad de un pueblo que un día, en tres horas, se apoderó de los cañones de los Inválidos y de cuarenta mil fusiles. A cada instante un desfile interrumpía la sesión, ya de diputaciones admitidas á la barra, ya de comisiones que hacían peticiones, homenajes ú ofrendas. La pica de honor del arrabal de San Antonio entraba y la llevaban mujeres. Una comisión de ingleses ofrecía veinte mil zapatos para los soldados descalzos de la República. "El ciudadano Arnoux, decía *El Moniteur*, cura de Aubignan, comandante del batallón del Drome, solicita el permiso para marchar á la frontera, y desea que se le conserve el curato." Los delegados de las secciones llegaban, llevando en parihuelas platos, patenas, cálices, relicarios, pedazos de oro, de plata blanca y sobredorada, ofrecidos á la patria por la multitud haraposa, y pedían en recompensa licencia para bailar la Carmañola delante de la Convención. Chenart, Narbone y Valliere venían á cantar motetes en honor de la Montaña. La sección llamada del Monte-Blanco llevaba el busto de Lepelletier, y una mujer ponía un gorro colorado en la cabeza del Presidente, el que la abrazaba. Las "ciudadanas de la sección del Mallo", arrojaban flores "á los legisladores"; los "alumnos de la patria", acudían, precedidos de una música, á dar las gracias á la Convención por haber "preparado la prosperidad del siglo"; las mujeres de la sección de los Guardias franceses ofrecían rosas; las de la sección de los Campos Elíseos una

corona de encina; las de la seccion del Temple se presentaban á la barra á jurar que no se unirían sino á verdaderos republicanos; la seccion de Molière presentaba una medalla de Franklin, que decretó la Convencion que se colgase de la corona que ostentaba la estatua de la Libertad; los expósitos, declarados "hijos de la República", desfilaban vestidos con el uniforme nacional; las jóvenes solteras de la seccion del Noventa y dos llegaban ataviadas con largas faldas blancas, y al día siguiente el *Moniteur* insertaba estas líneas: "El Presidente recibió un ramillete de las manos inocentes de una joven beldad." Los oradores saludaban todas estas procesiones; á veces las adulaban y decían á la multitud: *Eres infalible, eres irrepreensible, eres sublime*. El pueblo tiene su lado de niño y le gustan estas golosinas. Algunas veces el motin atravesaba la Asamblea, entraba furioso y salía apaciguado, como el Ródano, que atraviesa el lago Léman, y que es fango al entrar y transparente al salir. A veces el motin era tumultuoso, y Henriot hacia llevar delante de la puerta de las Tullerías hornillos para preparar balas rojas.

IX.

Esta Asamblea, al mismo tiempo que desprendía revolucion, producía civilización; era horno, pero también fragua; en aquella caldera bullía el terror, pero fermentaba el progreso. De aquel caos de sombra y de aquella tumultuosa exhalación de nubes salían inmensos rayos de luz paralelos á las leyes eternas; rayos que han quedado en el horizonte visibles para siempre en el cielo de los pueblos, y que son: uno de ellos la justicia, otro la tolerancia, otro la bondad, otro la razón, otro la verdad y otro el amor. La Convencion promulgaba este magnífico axioma: *La libertad de un ciudadano termina donde comienza la libertad de otro ciudadano*; axioma que reasume en dos líneas toda la sociabilidad humana. La Convencion declaraba sagrada la indigencia, sagrada la enfermedad del ciego y del sordo-mudo, convirtiéndolos en pupilos del Estado; sagrada la maternidad en la soltera madre, á la que consolaba y levantaba despues de la caída; sagrada la infancia en el huérfano, adoptado por la patria; sagrada la inocencia en el acusado absuelto, á quien indemnizaba.

La Convencion execraba el tráfico de negros; abolía la esclavitud; proclama-

ba la mancomunidad cívica; decretaba la instruccion gratuita; organizaba la educación nacional por medio de la escuela Normal en París, de la escuela Central en la capital de cada distrito y de la escuela primera en cada pueblo; creaba los Conservatorios y los Museos; decretaba la unidad de códigos, de pesas y medidas y de cálculos por el sistema decimal; fundaba la Hacienda en Francia, haciendo suceder el crédito público á la larga bancarrota monárquica; daba á la circulación el telégrafo, á la vejez hospicios dotados, á la enfermedad hospitales sanos, á la enseñanza la escuela Politécnica, á la ciencia la seccion de longitudes, al espíritu humano el Instituto. Al mismo tiempo que era nacional, era cosmopolita. De los once mil doscientos diez decretos que expidió, la tercera parte tenían un objeto político y las dos terceras partes restantes un objeto humano. Declaró la moral universal base de la sociedad y la conciencia universal base de la ley, y todo esto lo hizo la Convencion llevando en sus entrañas la hidra de la Vendée y á sus espaldas el monton de tigres de los reyes.

X.

La Convencion era una inmensidad, que cobijó á tipos humanos, inhumanos y sobrehumanos; épica amalgama de antagonismos. Allí estaban: Guillotin evitando encontrarse con David, Bazire insultando á Chabot, Guadet burlándose de Saint-Just, Vergniaud despreciando á Danton, Louvet atacando á Robespierre, Buzot denunciando á Igualdad, Chambon vituperando á Pache y todos execrando á Marat. Allí se reunían, además, Armonville, llamado Gorro-rojo porque asistía á las sesiones con gorro frigio, que era amigo de Robespierre y que quería que se le guillotinasen despues que á Luis XVI por afición al equilibrio; Massien, colega de Lamourette, á quien hicieron obispo para que diera nombre á un beso; Lehardy de Morbihan, anatematizador de los clérigos de la Bretaña; Barere, el hombre de las mayorías, que presidía cuando Luis XVI se presentó á la barra; Dubois-Craucé, á cuyo oído hablaba Marat; Julien, que comparaba la Montaña á las Termópilas; Gamon, que quería una tribuna pública reservada para las mujeres; Laloy, que discernió el honor de la sesión al obispo Gobel, porque acudió á la Convencion á deponer la mitra y á cubrirse con el gorro frigio; Lecomte, que exclamaba: *¡Qué*

prisa tiene de desclerizarse! Los dos hermanos Duprat, uno montañés y otro girondino, que se odiaban como los hermanos Chenier.

Se dijeron en aquella tribuna palabras vertiginosas de esas que, sin saberlo el que las pronuncia, tienen el acento fatídico de las revoluciones, tras las que los hechos materiales parece que adquieren bruscamente aire de descontento y de pasión, como si hubiesen tomado á mal lo que acababan de oír, como si lo que sucede se indignara de lo que se dice; sobreviniendo las catástrofes furiosas y exasperadas por las palabras de los hombres. Así una voz en la montaña basta para desprender una avalancha, y una palabra excesiva puede provocar un hundimiento. Si no se hubiera hablado quizás, tal cosa no hubiera sucedido. Diríase algunas veces que los acontecimientos son irascibles. De esta manera, esto es, por la casualidad de una palabra pronunciada por un orador y mal comprendida, cayó la cabeza de la princesa Isabel.

En la Convencion era de derecho la intemperancia en el lenguaje. Las amenazas volaban y se cruzaban en la discusión como las chispas en un incendio.—*Petion*: Robespierre, concretaos al caso.—*Robespierre*: El caso sois vos, Petion, y ya vereis cómo llego á él.—*Una voz*: Muera Marat.—*Marat*: El día en que muera Marat no existirá París, y el día que París deje de existir no habrá República.—*Billaud-Varennes* se levanta y dice: Queremos...—*Barere* le interrumpe de este modo: Hablas como un rey.—*Philippeaux* exclama: Un individuo de esta Asamblea ha desenvainado la espada contra mí.—*Andouin*: Presidente, llamado al orden al asesino.—*El Presidente*: Esperad.—*Paris*: Presidente, os llamo al orden.—*Lecointre*: El cura de Chant-de-Bout se queja de su obispo Fauchet porque le prohíbe casarse.—*Una voz*: No encuentro por qué razón Fauchet, que tiene queridas, haya de impedir á los demás que tengan esposas.—*Otra voz*: Cura, cástate.

Las tribunas se mezclaban en la conversación y tuteaban á la Asamblea. Un día el representante Ruamps subió á la tribuna. Tenía una cadera mucho más gruesa que la otra, y un espectador le gritó:—"Vuélvete hácia la derecha, porque tienes una "mejilla", á lo David." Tales eran las libertades que el pueblo se tomaba con la Convencion; sin embargo, en el tumulto del 11 de Abril de 1793, el

Presidente hizo prender á un interruptor de las tribunas.

Un día (entre los espectadores de la sesión estaba el anciano Buonarroti), Robespierre toma la palabra y habla por espacio de dos horas, mirando á Danton unas veces con fijeza, otras oblicuamente. Su discurso fulminante hiere, por decirlo así, á boca de jarro, y termina con una explosión de cólera llena de frases fúnebres:—"Conocemos á los intrigantes, conocemos á los corruptores y á los corrompidos, conocemos á los traidores; están en esta Asamblea, nos oyen, los vemos y no separamos la vista de ellos. Si miran por encima de sus cabezas verán que las amenaza la espada de la ley; si miran al fondo de su conciencia verán en ella su infamia. Ay de ellos!" Cuando termina Robespierre, Danton, levantando la cara hácia el techo y con los ojos medio cerrados, con un brazo pendiente del respaldo de su banco y echando el cuerpo hácia atrás, canta á media voz:

Cadet Roussel fait des discours

qui ne son pas longs quand ils sont courts (1).

Cruzábanse en la Convencion imprecaciones contra imprecaciones. ¡Conspirador! Asesino! Facineroso! Faccioso! ¡Moderado! Denunciábanse unos á otros ante el busto de Bruto, que estaba en el salón. Abundaban los apóstrofes, las injurias, los desafíos, las miradas furiosas; se enseñaban los puños, hacían entrever las pistolas y medio sacaban los puñales de las vainas. Algunos hablaban como si estuviesen recostados sobre la guillotina. Las cabezas ondulaban espantadas y terribles. Aquellos hombres eran un monton de humaredas empujadas en todos los sentidos.

XI.

Espíritus que arrastraba el viento, pero el viento del prodigio.

Ser miembro de la Convencion era ser ola del Océano, y esta comparación es exacta hasta refiriéndose á los más eminentes: la fuerza de impulsión venía de arriba. Existía en la Convencion una voluntad, que era la de todos y no era la de nadie; esta voluntad era una idea indomable y desmesurada, que soplaba en la oscuridad desde lo alto del cielo. A esa idea la llamamos revolución. Cuando pasaba abatía á unos y elevaba á otros, levantaba á éste entre espumas

(1) Roussel el menor hace discursos que no son largos cuando son cortos.—(N. del T.)

y destrozaba á aquel contra los escollos; esta idea sabia á dónde iba y empujaba el abismo delante de ella. Imputar la revolucion á los hombres es como dar la culpa de las mareas á las olas.

La revolucion es una accion del Desconocido, y la podeis llamar buena ó mala, segun aspireis al pasado ó al futuro, pero atribuidla á su autor. Parece la obra comun de los grandes acontecimientos y de los grandes hombres; pero solo es en realidad la resultante de los sucesos; éstos gastan y los hombres pagan. Los acontecimientos dictan y los hombres firman. El 14 de Julio está firmado por Camilo Desmoulins; el 10 de Agosto por Danton; el 2 de Setiembre por Marat; el 21 de Setiembre por Gregoire y el 21 de Enero por Robespierre; pero Desmoulins, Danton, Marat, Gregoire y Robespierre no son más que amanuenses de lo que los sucesos han dictado; el redactor enorme y siniestro de esas grandes páginas tiene un nombre: se llama Dios, y una máscara, que se llama el Destino. Robespierre creia en Dios y hacia bien.

La revolucion es una forma del fenómeno inmanente que nos estrecha por todas partes y que llamamos Necesidad.

Ante esta misteriosa complicacion de beneficios y de sufrimientos se levanta el *por qué?* de la Historia. *Porque sí:* esta, que es la respuesta del que no sabe, es tambien la respuesta del que lo sabe todo.

En presencia de las catástrofes climáticas que devastan y vivifican la civilizacion, se vacila al juzgar el detalle. Censurar ó elogiar á los hombres, segun el resultado, es casi como alabar ó vituperar los sumandos por la suma total. Lo que debe pasar, pasa; lo que debe soplar, sopla; esos aquilones no turban la serenidad suprema; encima de las revoluciones, la verdad y la justicia permanecen, como el cielo estrellado por encima de las tempestades.

III.

Tal era la desmesurada Convencion; campo atrincherado del género humano, atacado por todas las sombras á la vez; fuegos nocturnos de un ejército de ideas sitiadas, inmenso vivac de espíritus sobre una pendiente del abismo. No tiene comparacion en la historia aquel grupo, que era á un tiempo Senado y populacho, cónclave y plazuela, Areópago y plaza pública, tribunal y acusado. La Convencion se plegó siempre al impulso

del viento dominante, pero aquel viento salia de la boca del pueblo y era el soplo de Dios.

Hoy, despues de transcurridos ochenta años, cada vez que se presenta la Convencion ante el pensamiento del hombre, sea historiador ó sea filósofo, dicho hombre se pára y medita: imposible es no detenerse á contemplar esa gran procesion de sombras.

II.

Marat en los corredores.

Marat, como dijo á Simona Evrad, asistió á la Convencion al dia siguiente de la conferencia de la calle del Pavo-Real.

Pertenecia á la Convencion un marqués maratista, Luis Montant, que más tarde ofreció á aquella un reloj decimal coronado con el busto de Marat. En el momento de entrar éste último, Chabot acababa de acercarse á Montant.

—Hola, ex!... le dijo.

—Por qué me llamas ex?...

—Porque lo eres.

—Yo!

—No fuiste marqués?

—Nunca.

—Bah!...

—Mi padre fué soldado y mi abuelo tejedor.

—Qué bromas son esas, Montant?

—No me llamo Montant.

—Pues cómo te llamas?

—Me llamo Maribon.

—En último resultado lo mismo dá, dijo Chabot, añadiendo entre dientes:—Nadie quiere ser ya marqués.

Marat se habia parado en el corredor de la izquierda y miraba á Montant y á Chabot; siempre que llegaba Marat producía rumores, pero lejos de él; á su alrededor todos guardaban silencio. Marat no hacia caso, pues, segun decia, despreciaba "los graznidos del pantano".

En la semioscuridad de los bancos oscuros más inferiores le señalaban unos á otros con el dedo, diciéndose lo siguiente:

—Calla! Ahí está Marat.

—Pues no estaba enfermo?

—Sí, porque viene de bata.

—De bata?

—Pardiez! Sí.

—Ese hombre todo se lo permite.

—¡Así se atreve á venir á la Convencion!

—Cuando vino un dia con la cabeza

cubierto de laureles, bien puede venir hoy de bata.

—Tiene cara de cobre y dientes de verdgris.

—La bata parece nueva.

—De qué es?

—De reps.

—Rayada.

—Mirad los forros.

—Son de piel.

—De tigre.

—No, de armiño.

—Falsificado.

—Lleva medias.

—Es extraño.

—Y zapatos con hebillas.

—De plata.

—No se lo perdonarán los zuecos de Camboulas.

En otros bancos afectaban no ver á Marat y hablaban de otra cosa. Santhonax se acercaba á Dessaulx y le decia:

—Sabeis la noticia?

—Qué noticia?

—Que el ex-conde de Brienne...

—¿El que estaba en la Force con el ex-duque de Villeroy?

—Sí.

—A los dos conozco; qué ha sucedido?

—Tenian tanto miedo, que saludaban á los gorros rojos de todos los carceleros, y un dia se negaron á jugar á los cientos porque les ofrecieron una baraja con reyes y con reinas.

—Y qué?

—Que ayer los guillotinaron.

—A los dos?

—A los dos.

—Pero cómo se portaban en la prision?

—Con cobardía.

—Y cómo fueron al cadalso?

—Con intrepidez.

Dessaulx hizo entonces esta exclamacion:

—Morir es más fácil que vivir!

Barere estaba leyendo un informe en el que se trataba de la Vendée. Nuevecientos hombres del Morbihan marcharon con piezas de artillería á socorrer á Nantes; los campesinos amenazaban á Redon y atacaban á Paimboeuf; una escuadrilla cruzaba á la altura de Maindim para evitar los desembarcos; toda la orilla izquierda del Loire estaba erizada de baterías realistas; tres mil campesinos se habian apoderado de Pornic al grito de: *Vivan los ingleses!* Una carta que Sauterle dirigia á la Convencion, y que leyó Barere, terminaba con estas palabras: "Siete mil campesinos han atacado á

Vannes; los hemos rechazado y nos hemos apoderado de cuatro cañones."

—Y de cuántos prisioneros? interrumpió una voz.

Barere continuó:

—Postdata de la carta: "De presos no hablo, porque ya no hacemos prisioneros," (1).

Marat continuaba inmóvil, sin escuchar; parecia absorto en preocupaciones severas. Tenia en la mano y arrugaba entre los dedos un papel, en que desdoblado se podian leer las siguientes líneas, escritas por Momoro y que probablemente eran la contestacion dada á una pregunta que le hizo Marat:

—"No es posible oponerse á la omnipotencia de los comisarios delegados, sobre todo de los delegados del Comité de Salvacion pública. A pesar de que dijo Genissieux en la sesion del 6 de Mayo: *Que cada comisario es más que un rey*, sus frases no han producido ningun efecto. Disponen de la vida y de la muerte, y son omnipotentes Massade en Angers, Trullard en Saint-Amand, Nyon cerca del general Marcé, Parrein en el ejército de Sables y Millici en el de Niot. El club de los Jacobinos se atrevió á nombrar general de brigada á Parrein; las circunstancias lo permiten todo, y un delegado del Comité de Salvacion pública tiene en jaque á un general en jefe."

Marat acabó de arrugar el papel, le metió en el bolsillo y se acercó lentamente á Montant y á Chabot, que continuaban hablando y no le vieron entrar.

Chabot decia:

—Maribon ó Montant, oye: salgo del Comité de Salvacion pública.

—Y qué hacian allí?

—Han encargado á un clérigo que vigile á un noble.

—Ah!...

—A un noble como tú.

—Yo no soy noble, contestó Montant.

—A un sacerdote...

—Como tú.

—Yo no soy sacerdote, contestó Chabot.

Los dos se echaron á reir al mismo tiempo.

—Concreta el hecho, dijo Montant.

—El hecho es este. Han nombrado delegado con plenos poderes cerca de un vizconde llamado Gauvain, que manda la columna expedicionaria del ejército de las Costas, á un cura llamado Cimourdain. Se trata de impedir que el noble

(1) *Moniteur*, tomo XIX, pág. 81.

nos haga alguna trastada y el cura alguna traicion.

—Pues eso es muy sencillo, contestó Montant; basta con mezclar la muerte en esa aventura.

—A eso vengo yo, dijo Marat.

Los dos interlocutores levantaron la cabeza y le vieron.

—Buenos dias, Marat, exclamó Chabot; poco vienes á las sesiones!

—El médico me ha recetado que tome baños, contestó.

—Hay que desconfiar de los baños, repuso Chabot: Séneca murió en un baño.

Marat se sonrió y replicó:

—Chabot, aquí no hay ningun Neron.

—Estás tú, contestó la voz ruda de Danton, que pasaba por allí para subir á su banco.

Marat no se volvió. Metió la cabeza entre las de Montant y Chabot y les dijo:

—Oid. Me trae aquí un asunto grave, y es indispensable que uno de nosotros tres proponga hoy á la Convencion un proyecto de decreto.

—Yo no, contestó Montant; á mí no me hacen caso porque soy marqués.

—A mí tampoco porque soy capuchino.

—Ni á mí porque soy Marat.

Los tres quedaron un rato en silencio. No era fácil interrogar á Marat cuando estaba preocupado; sin embargo, Montant se atrevió á dirigirle esta pregunta:

—Qué decreto deseas que se apruebe?

—Un decreto condenando á muerte á todo jefe militar que deje escapar un rebelde prisionero.

—Ese decreto existe; se votó á fines de Abril, replicó Chabot.

—Pues entonces es como si no existiese, contestó Marat. En todos los puntos de la Vendée dejan escapar á los prisioneros, y los que les dan asilo quedan impunes.

—Eso consiste en que el decreto ha caido en desuso.

—Pues es preciso restablecerle en todo su vigor.

—Sin duda alguna.

—Y para eso proponerlo á la Convencion.

—No es necesaria para esto la Convencion, Marat; basta para este objeto el Comité de Salvacion pública.

—Este fin se consigue, añadió Montant, si el Comité de Salvacion pública manda fijar el decreto en todos los pueblos de la Vendée y hace dos ó tres escarmientos.

—En cabezas altas, repuso Chabot, en cabezas de generales.

—En efecto, eso bastará, murmuró Marat.

—Tú mismo, Marat, puedes ir á decirselo al Comité de Salvacion pública, dijo Chabot.

Marat le miró entre ceja y ceja, lo cual no era agradable ni aun para Chabot.

—Ir á ese Comité es lo mismo que ir á casa de Robespierre, y yo no voy á su casa.

—Yo iré, dijo Montant.

—Bien, contestó Marat.

Al dia siguiente se espidió en todas direcciones una orden del Comité de Salvacion pública mandando fijar en todos los pueblos de la Vendée y ejecutar estrictamente el decreto que imponia la pena de muerte á los cómplices de la fuga y evasion de los insurgentes prisioneros.

Aquel decreto solo era el primer paso; la Convencion debia ir mucho más lejos. Algunos meses despues, el 10 de Brumario, año II (Noviembre de 1793), con motivo de abrir Laval las puertas á los vendeanos fugitivos, decretó dicha Asamblea que toda ciudad que diera asilo á los rebeldes fuese derribada y destruida.

Por la parte contraria, los príncipes de Europa, en el Manifiesto del duque de Brunswick, que inspiraron los emigrados y que redactó el marqués de Linnon, intendente del duque de Orleans, se ordenó que todo francés que se cogiese con armas en la mano fuese fusilado, y que si se tocaba un solo cabello de la cabeza del rey, la ciudad de Paris seria arrasada.

Salvajismo contra barbarie.

TERCERA PARTE

EN LA VENDÉE

LIBRO PRIMERO

La Vendée.

I.

Las selvas.

Habia entonces en Bretaña siete selvas horribles. La Vendée fué una rebelion clerical, que tuvo las selvas por auxiliares. Las sombras se auxilian mutuamente.

Las siete Selvas-Negras de Bretaña eran: el bosque de Fougères, que cierra el paso entre Dol y Avranches; el bosque de Princé, que tiene ocho leguas de circuito; el bosque de Paimpont, lleno de barrancos y de arroyos, casi inaccesible por la parte de Baingnon y con fácil retirada sobre Concornet, que era poblacion realista; el bosque de Rennes, desde el que se oia el toque de somatén de las parroquias republicanas, siempre numerosas cerca de las ciudades y en donde Puysaye perdió á Focard; el bosque de Machecoul, cuya bestia feroz era Charette; el bosque de la Garnache, propiedad de los de La Tremoille, los Gauvain y los Rohán, y el bosque de Broceliande, que pertenecia á las Hadas.

Un gentil-hombre de Bretaña poseia el título de *señor de las Siete-Selvas*, y era el vizconde de Fontenay, príncipe breton. El príncipe breton existia separadamen-

te del príncipe francés. Los Rohanes eran príncipes bretones; Garnier de Saintes, en el informe que presentó á la Convencion el 15 Niboso, año II, califica del modo siguiente al príncipe de Talmont: "Ese Capeto de los facciosos, soberano del Maine y de la Normandía,".

La historia de las selvas bretonas desde 1792 hasta 1800 podria escribirse aparte, y unida á la vasta aventura de la Vendée apareceria como una leyenda.

La historia tiene su verdad y la leyenda tiene la suya. La verdad legendaria es de otra naturaleza que la verdad histórica; es una invencion que dá por resultado la realidad. Por lo demás, la historia y la leyenda se proponen el mismo objeto; pintar en el hombre momentáneo al hombre eterno.

La Vendée no puede explicarse completamente si no viene la leyenda á completar la historia; ambas son necesarias, la historia para el conjunto y la leyenda para el detalle, y la Vendée vale la pena de completarse, porque es un prodigio.

Esa guerra de los ignorantes, tan estúpida y tan espléndida, tan abominable y tan magnífica, desoló y enorgulleció á la Francia. La Vendée fué una llaga gloriosa.

En ciertos momentos históricos la sociedad humana ofrece sus enigmas, enigmas que para los ilustrados se resuelven en luz y para los ignorantes en oscuridad, en violencia y en barbarie. El filósofo no se atreve á acusar; toma en cuenta la turbacion que producen los problemas. Los problemas, como las nu-